gun se desprende de las siguientes palabras que escribió Wellington en una de sus cartas: «Desde que os dirigí mi última ha ocurrido un *terrible* acontecimiento; me refiero á la espedicion del príncipe Luis. Los que desean fomentar la animosidad y diferencias que existen entre ambos paises, se aprovecharan de esta circunstancia para conseguir sus fines. Sin embargo, un descalabro de esa especie es mucho mas temible en Francia que aqui, pues recae el ridículo en el vencido, y ya no se libra nunca de él.» El duque vivió bastante tiempo para ver que se engañaba en sus apreciaciones.

CAPITULO XXV.

Luis Napoleon encarcelado en Ham.—Su conducta y opiniones.—Su fuga.

El príncipe Luis fué encerrado en la fortaleza de Ham, la mas triste y sombría de Francia, y allí se le estuvo martirizando cerca de un año por todos los medios que se creyeron mas conducentes para aniquilar su existencia poco á poco. La conducta de Luis Felipe con su cautivo revelaba claramente que su intencion era deshacerse de tan temible enemigo, quitándole la vida sin miramiento alguno. Por espacio de nueve meses, Luis Napoleon sufrió con paciencia los malos tratamientos que se le prodigaban, pero cansado al fin, dirigió al Gobierno una enérgica queja manifestándole, que cualquiera que fuese su objeto, debia respetar, cuando menos, los derechos de la humanidad, y tener en cuenta que al hijo de un rey, relacionado con todas las cortes de Europa, y *nacido en las gradas de un trono*, no debia tratársele como á un malhechor. La carta del príncipe se hizo pública, y alarmado entonces Luis Felipe por el efecto que pudiera producir en los ánimos, apresuróse á dulcificar los rigores de que era víctima el prisionero.

Para que se comprenda mejor el carácter de Luis Felipe, conviene

hacer mencion de un hecho: Luis Napoleon estaba encerrado en las mismas habitaciones ocupadas antes por el príncipe Polignac y sus cómplices, los que favorecieron las medidas inconstitucionales que derribaron del trono á Cárlos X en 1830, pero Polignac y los suyos, que habian cometido un crímen tan cruel como sanguinario contra la nacion, fueron tratados durante su breve encarcelamiento con todas las consideraciones posibles, de modo que á los hombres que habian ofendido á Francia, tratando de aniquilar sus libertades, se les castigó con la prision, pero los patrocinó el rey. El príncipe Napoleon habia faltado á Luis Felipe personalmente, y por eso fué para él la cárcel un calabozo y se le trató como al último de los criminales.

Montholon y Conneau compartian su prision con el príncipe, á quien sirvió de consuelo tener aquellos dos amigos á su lado, tanto porque eran fieles á su causa como porque le profesaban un sincero afecto.

Segun hemos dicho antes, á la influencia de la opinion pública debió el príncipe que se le tratára con menos rigor: permitióse á su médico que le visitase con mas frecuencia, el criado tuvo mas libertad para entrar y salir, y ya no se inspeccionó tan escrupulosamente la correspondencia del ilustre prisionero, el cual pareció estar mas satisfecho, si es que en efecto no lo estaba. Para los Bonapartistas era un motivo de constante agitacion el encarcelamiento del príncipe Luis, y esto, juntamente con otras causas, contribuyó á que el Gobierno de Luis Felipe perdiese su popularidad. El pueblo, en general, no acertaba á esplicarse como se consentia que el heredero de aquel gran Emperador, que habia conquistado tanta gloria para Francia, fuese tratado como un malhechor por el solo delito de amar á su patria como á una madre y de haber arriesgado su vida para restablecer los principios de Napoleon I; comenzaron á circular estraños rumores acerca de la conducta observada con el prisionero; y las tentativas de Estrasburgo y Boloña fueron á poco admiradas hasta en Paris, elogiándose como actos de verdadera abnegacion y valor. Predominó la idea de que el heróico aventurero era el hombre mas conveniente para Francia; que Napoleon el Grande habia dejado un sucesor ansioso de gloria para su pais, y de este modo, el encarcelamiento del príncipe contribuyó poderosamente á que la opinion

pública se pronunciára en favor de la víctima y del imperio. Francia deseaba conquistar nuevos lauros; estaba persuadida de que no le era posible obtenerlos por medio de la casa de Orleans, y por otra parte, el pueblo iba reconociendo poco á poco, que al combatir la influencia de Inglaterra, Luis Felipe consultaba tan solo sus intereses personales y dinásticos; que sus fines eran venales, y que no se valia de otros medios sino de la corrupcion, del engaño y de la intriga. Adquirióse paulatinamente el convencimiento de que Francia necesitaba la república ó el imperio, debiéndose elegir para este último un Bonaparte, y de tal modo se robusteció esta opinion, que bien pronto pudo comprender el príncipe que su cautiverio era lo que mas favorecia á su política y mejor podria realizar sus esperanzas. En su consecuencia, aparentó que era completamente feliz solo con vivir en Francia, aun cuando fuese tras de los muros de una fortaleza, y esto agradó al pueblo, el cual quedó satisfecho al ver que Luis Felipe resolvia la cuestion tratando con menos dureza á su rival. Tan ventajosa le pareció entonces al príncipe su posicion, como prisionero de Estado, que no vaciló en declarar, que podria muy bien darse el caso de salir de un calabozo para sentarse en el trono de Francia.

Ya hemos dicho que cuando Luis Napoleon estuvo en Lóndres, trabó amistad con varias personas notables, entre las cuales se contaba la condesa de Blessigton; véase la carta que la dirigió el príncipe hallándose aun en su prision:

«Ham, 13 Enero de 1841.

«Muy señora mia: hasta hoy no he recibido vuestra carta, fechada el 1.º de Enero, pues como estaba escrita en inglés, se remitió á Paris para que la leyesen en el ministerio. Os agradezco infinito que os hayais acordado de mí, y siento mucho que no hayan llegado á mi poder las cartas que me habeis escrito antes. De Gore House no he recibido sino una del Conde D'Orsay, á la cual me apresuré á contestar cuando me hallaba en la Consergería, y me causa profunda pena que la interceptasen, porque en ella le manifestaba toda mi gratitud por el interes que le inspiraban mis desgracias. No os repetiré cuanto he sufrido: vuestro noble y poético corazon comprenderá

cuan aflictivo es el estado en que me encuentro, no permitiéndoseme defenderme ni justificarme, y en este caso, mi único consuelo cuando se lanzan calumnias contra mí, se reduce á escuchar la voz de mi conciencia, que me absuelve, ó á leer las cartas de personas, que como vos, señora, se distinguen por sus levantados sentimientos y carácter independiente, y cuyas opiniones no se sujetan á los caprichos de la fortuna ó á la fatalidad del destino.

«Hace ya tres meses que estoy en el castillo de Ham con el general Montholon y Mr. Conneau, pero no se me permite comunicarme con los de fuera, ni se le ha concedido á nadie licencia para verme. Uno de estos dias os remitiré un croquis de la ciudadela, que copié hace poco de un grabado, pues ya comprendereis que no he podido examinar el castillo esteriormente. Muchas veces me acuerdo del palacio que habitais, y me es grato pensar en los momentos que pasaba en vuestra amable compañía, juntamente con el conde D'Orsay, cuya elocuencia y natural alegría nos entretuvo tantas veces agradablemente.

«Como quiera que sea, no deseo abandonar mi morada actual, pues aqui estoy en mi centro: *con el nombre que llevo, no hay para mí mas alternativa que la oscuridad de un calabozo ó los honores del poder.*

«Si os dignais, señora, escribirme algunas veces, dándome detalles de la vida de Londres, y de un pais donde he sido demasiado dichoso para no amarle, complacereis en estremo á vuestro muy afectísimo

«Napoleon Luis.»

No hay duda que el príncipe sabia escribir muy bien cartas, y es de notar que todas ellas le caracterizan perfectamente. Despues de leer las afectuosas frases referentes al conde d' Orsay, ¿quien hubiera supuesto que este se veria abandonado y casi en la miseria, cuando su poderoso amigo repartia millones desde un trono entre súbditos indignos de las gracias reales? Sin embargo, por mas que recaiga el descrédito en Luis Napoleon, debemos decir que tal fué el hecho, y sin entrar aqui en el exámen de todos los párrafos de la carta que hemos reproducido, solo diremos, que despues de haber declarado ante el Tribunal de los Pares, que deseaba vengar la derrota de Waterloo, mal se comprende que el príncipe amase á Inglaterra, segun decia á la condesa de Blessington.

En 1841, publicábase un periódico titulado el *Progreso del Paso de Calais*, cuyo director, Mr. Federico De George, celoso Bonapartista, aun cuando aparentaba ser republicano, era íntimo amigo de Luis Napoleon, y este diario podia considerarse como el órgano del prisionero de Ham, pues en él veian la luz pública todos los artículos que escribia el príncipe. Cuando en 1843 circuló el rumor de que se iba á conceder una amnistía á los que estaban encausados por delitos políticos, Luis Napoleon dirigió con este motivo una carta á De George, carta que fué leida con el mayor interés por el público, y de la cual reproducimos un estracto para dar á conocer las ideas del ilustre prisionero en aquella época. Espresábase así:

«Me decís que se habla mucho en Paris de una amnistia, y deseais que os manifieste que efecto me ha producido la noticia; voy á contestar francamente á vuestra pregunta:

«Si mañana se abriesen las puertas de mi prision y se me dijera: «¡Estais libre; venid á sentaros como ciudadano en medio de vuestra nacion, que Francia no rechazará mas á sus hijos!»..... entonces, creed que el gozo y el contento embargarian mi alma; pero si se me diera á elegir entre el destierro ó quedarme donde estoy, la eleccion no seria dudosa, pues en mi concepto, lo primero seria para mí agravar el castigo que se me ha impuesto. Prefiero la cautividad en el seno de Francia á estar libre en tierra estraña, y prescindiendo de esto, harto sé lo que vale una amnistia otorgada por las autoridades existentes.....

«En mi primer destierro he sufrido todas las vicisitudes, todas las penas que es dable imaginar, y pasadas ya las ilusiones de mi juventud, encuentro en el aire natal que respiro, en el estudio, y en la tranquilidad de mi prision, un encanto que nunca hallé cuando buscaba los placeres en un país estraño, donde yo, vencido, tuve que beber en la misma copa con el venceder de Waterloo.

«En una palabra, repetiria, si necesario fuese, lo que declaré ante el Tribunal de los Pares: *No quiero aceptar vuestra generosidad, porque se lo que cuesta.*»

¡Como contrasta la epístola al editor Bonapartista con la que el príncipe dirigió á la condesa de Blessington! En la segunda aseguraba *que habia sido demasiado feliz en Inglaterra para no amar este pais*, y al editor revolucionario le decia, que su residencia alli le hizo sufrir, *porque tuvo que beber en la misma copa con el vencedor de Waterloo*. Si alguna duda quedaba acerca de la verdadera significacion de las frases del príncipe, cuando declaró que representaba una derrota que era su deseo vengar, la carta del prisionero de Ham bastaba seguramente para disiparla. No hay duda que su residencia en Inglaterra aumentó su resentimiento, porque consideraba como una humillacion recibir la hospitalidad de los que habian vencido al gran Napoleon.

Sin embargo, el prisionero de Ham no pudo menos de admirar la libertad inglesa, y en prueba de ello, véase lo que escribió una vez al hablar sobre este punto:

«No son las leyes únicamente las que protegen al ciudadano inglés, sino el modo de observarlas y la manera con que el Gobierno ejerce su poder. En Inglaterra, la autoridad no es jamás tiránica; es moderada, y no se dá el caso de que se estralimite; hé aqui porque no se viola nunca el domicilio, como sucede en Francia, y de este modo, todos respetan los secretos de las familias. La primera de las libertades consiste en ir cada cual donde guste sin necesidad de pasaportes, esa opresiva invencion del Comité de Seguridad pública, que es un obstáculo y una dificultad para el ciudadano pacífico, sin ser un impedimento para los que se proponen burlar la vigilancia de la autoridad.»

Cuando circularon los rumores de amnistía, el Consejo general de Córcega pidió unánimemente al rey que levantára el destierro á la familia de los Bonapartes, reconociendo sus derechos de ciudadano al nieto de Josefina; la prensa habló tambien sobre este asunto, y Luis Napoleon se valió de su órgano, el *Progreso de Calais*, para declarar que estaba conforme con la doctrina política del sufragio universal. Poco despues publicó en aquel un artículo titulado: *Profesion de fé democrática del príncipe Luis Napoleon Bonaparte*, y este artículo fué insertado en las columnas de otros periódicos, uno de los cuales,

el *Journal du Loiret*, preguntó al príncipe si al recobrar sus derechos de ciudadano obraria lealmente como tal, ó si era su objeto revestirse con el manto de Emperador. Luis Napoleon, deseoso siempre de encontrar una oportunidad para dar á conocer sus opiniones, y dispuesto á utilizarse de ella hábilmente, escribió en el acto al editor, repitiendo que el sufragio universal era el articulo fundamental de su política, y como esta carta es una de las mas notables del príncipe, lo copiamos íntegra á continuacion:

«Fortaleza de Ham, Octubre, 21 de 1843.

«Muy Sr. mio: contesto sin vacilar á la amistosa pregunta que me dirijís en vuestro número del 18 corriente.

«Nunca he creido, ni puedo creer, que Francia sea del dominio de ningun hombre ni de familia alguna; jamás he aspirado á mas derechos que los de ciudadano francés, y no tengo otro deseo sino el de ver á todo un pueblo feliz, regido por el Gobierno que crea mas conveniente para su bienestar.

«Miembro de una familia que debe su engrandecimiento á los sufragios de la nacion, desconoceria mi orígen y mi naturaleza, y hasta careceria de sentido comun, si no admitiese la soberanía del pueblo como el fundamento de toda organizacion política. Mis pasados actos y mis declaraciones están conformes con esta opinion, y si no se me ha comprendido, es porque el mundo no se esplica las derrotas, limitándose solo á condenarlas.

«Yo reclamé, es cierto, un puesto de honor, pero en la brecha, y donde mayor era el peligro; me sentí dominado por una ambicion de la que puedo hablar sin rebozo, pues se reducia á reunir en derredor de mi nombre plebeyo á todos los amigos de la soberanía nacional, á todos cuantos deseaban la gloria y la libertad, y si han sido defraudadas mis esperanzas, ¿deben vituperarme por eso los que tienen opiniones democráticas? ¿He merecido acaso que me castigue Francia?

«Creedme, amigo mio, cualquiera que sea la suerte que me tiene señalada el destino, nunca se dirá que en el destierro ó en la prision no he aprendido nada y olvidado lo que sabia.

Recibid los afectos de

«Napoleon Luis Bonaparte.»